

*MANOS CRUZADAS SOBRE EL HALDA: CUANDO LAS PALABRAS
SÓLO SON SILENCIO*

José Belmonte Serrano

Universidad de Murcia

José Alberola Pérez

IES Los Olmos (Albacete)

El silencio es un árbol sin ramas ni raíces.
Sostenido por viento de pájaros inquietos.
María Cegarra, *Cada día conmigo*

En 1959, cuando aparece en Barcelona *Manos cruzadas sobre el halda*, José María Castillo-Navarro llevaba ya publicadas un total de tres novelas: *La sal viste luto*, *Con la lengua fuera* y *Las uñas del miedo*, editadas, todas ellas, por sorprendente que nos pueda parecer, en 1957. Con el último de estos tres títulos obtuvo el prestigioso y muy codiciado Premio Ciudad de Barcelona de ese mismo año. En algunos manuales de historia de la novela española contemporánea figura, a continuación, su relato *El niño de la flor en la boca* (1959) y, seguidamente, la novela que vamos a analizar a lo largo de estas páginas, *Manos cruzadas sobre el halda*. Entre una y otra obra hay un desfase, únicamente, de un mes: marzo de 1959 en el caso de *El niño de la flor en la boca*, en tanto que *Manos cruzada sobre el halda* lleva el sello de abril de ese mismo año.

Pedro Guerrero asegura en su estudio que Castillo Navarro fue declarado finalista del Premio Planeta de 1958 con *Manos cruzadas sobre el halda*, cuya publicación sitúa en abril de ese mismo año, de 1958, cuando en realidad, como se dejó apuntado, el libro no aparece hasta abril del año siguiente, de 1959. En un conocido manual de Martínez Cachero sobre la novela española contemporánea, en la nota 63 del mismo, se nos dice, a propósito del Premio Planeta del año 1958, que dicho galardón fue concedido a *Pasos sin huellas*, de Fernando Bermúdez de Castro, siendo finalista *La ciudad amarilla*, de Julio Manegat. En el jurado figuraban el editor José Manuel Lara, Wenceslao Fernández Flórez, Núñez Alonso, Santiago Lorén, José María Gironella, Pedro de Lorenzo y Álvaro de La Iglesia. «Había –concluye más adelante Martínez Cachero– ocho títulos destacados, entre ellos *Manos cruzadas sobre el halda* de José Manuel (*sic*) Castillo Navarro» (p. 179).

Poco se había escrito sobre esta novela hasta que en 2008, con motivo del Congreso José María Castillo Navarro: vida y obra. El cuento y la novela de su época (1950-1975), uno de los grandes estudiosos del escritor lorquino, José Luis Molina Martínez, sacó a la luz una edición conmemorativa de *Manos cruzadas sobre el halda*, con la reproducción de la portada original y, lo que es más importante y significativo, un estudio preliminar de medio centenar de páginas que se nos antoja definitivo, básico para el mejor entendimiento del libro de Castillo Navarro. La obra, sin embargo, no queda agotada del todo, como sucede con los grandes libros. Consideramos que hay ciertos componentes aún por explotar e interpretar a la luz de los nuevos tiempos. Molina Martínez ahonda, sobre todo, en aspectos relacionados con la historia y el discurso de la novela, siguiendo las conocidas teorías sobre el lenguaje literario del profesor y crítico José María Pozuelo Yvancos. Ya al final de este riguroso estudio, en las conclusiones, Molina Martínez deja claro que, en primer lugar, *Manos cruzadas sobre el halda* es una novela más compleja de lo que aparenta, al tiempo que destaca de la misma, según sus propias palabras, el acento ético de lo noble, el encanto de la limpieza, de la no contaminación estética» (p. L).

Antes de adentrarnos en el análisis de la obra aquí propuesta, conviene realizar un breve repaso a todo aquello que se ha escrito en torno a ella hasta hoy mismo. El corpus bibliográfico más amplio se halla, sin duda alguna, en ese volumen titulado *José María Castillo Navarro. Vida y obra*, aparecido a raíz del congreso titulado de esa misma manera, llevado a cabo en el año 2008 en la ciudad de Lorca, con la presencia del propio escritor entre los espectadores y asistentes a las conferencias. Siguiendo la estela de Molina Martínez, Albaladejo Mayordomo hace hincapié en la necesidad de que el lector coopere con el autor, «en la línea de los planteamientos de Umberto Eco respecto de la obra abierta y de la cooperación de la instancia lectora» (p. 42). Y añade:

El autor consigue que el lector de *Manos cruzadas sobre el halda* intente reconstruir en su interpretación no sólo los espacios vacíos, llenándolos de significado, sino que también mantenga las propias elipsis como tales elipsis. Es solamente así como la interpretación receptora puede tener lugar de tal modo que el lector reconstruya el referente creado por el autor (p. 42).

Por su parte, el ya citado Pedro Guerrero dedica algún párrafo a la novela en su estudio sobre la ética y la estética del drama narrativo, centrandó sus líneas maestras en tres puntos principales: el carácter de novela psicológica; la atmósfera pirandelliana de la obra y, finalmente, los brotes poéticos y el realismo mágico que aparecen en estas páginas. La cercanía de esta novela al género poesía vuelve a ponerse nuevamente sobre

el tapete en el estudio realizado por Belén Molina Jiménez, quien desglosa en cinco apartados los núcleos semánticos o isotopías de este relato: 1. El hombre desconocido. 2. La ceguera. 3. Las luces y las sombras. 4. Los colores de la novela. 5. El agujero de la ventana.

Lo primero que llama la atención de la obra, con tan sólo abrir las primeras páginas de la misma, es la dedicatoria a Carmen Barberá. ¿Quién es Carmen Barberá? Sin que estemos seguros del todo, es probable que Castillo Navarro se esté refiriendo a Carmen Barberá Puig, cuya vida corre muy pareja, como ahora veremos, a la del propio novelista lorquino. Barberá es una escritora castellanense nacida en 1927, justo un año antes que Castillo Navarro. Era conocida por sus semblanzas biográficas de personajes famosos de la Historia, como Juana la Loca o Lucrecia Borgia. Fue, además, autora de novelas, como *Adolescente*, de corte biográfico y finalista del Premio Ciudad de Valencia, aparecida en Janés en 1957. Otra de sus novelas, *Debajo de la piel*, fue premiada en el Ciudad de Barcelona de 1960. Como puede apreciarse, Castillo Navarro debió trabar amistad con la escritora levantina en la Barcelona de finales de los cincuenta e inicios de la década de los sesenta. De hecho, el autor lorquino había conseguido ese mismo galardón, el Ciudad de Barcelona, unos pocos años antes, en 1957.

Vamos, pues, a centrarnos, en primer lugar, en todo lo referente al lirismo de la novela, elemento destacado por algunos de los estudiosos de la narrativa de Castillo Navarro, como José Luis Molina Martínez, quien resulta concluyente al titular su trabajo: «No se desvanecería la novela como género si *Manos cruzadas sobre el halda* fuese una novela lírica». Es cierto que no estamos ante una obra exclusivamente lírica, pero no es menos verdad que estamos ante el uso de un lirismo que supone «la expresión del alma del autor no sólo en las digresiones, sino en la relaciones humanas y en descripción de los ambientes y, sobre todo, de las sensaciones» (p. 434). Para un estudioso de esta modalidad narrativa como Baquero Goyanes, el efecto lírico que una novela puede suscitar «es el resultado de una conjunción de factores –tema, estructura, lenguaje, tono– cuyo último determinante no sería otro que el de la sensibilidad, la personal visión del mundo del autor» (p. 70). Ese conjunto de factores se observan, sin duda, en *Manos cruzadas sobre el halda*. Y, además, la visión «personal» de Castillo Navarro es el de una mirada cálida, repleta de ternura, sobre el mundo y la vida, aunque no falten elementos dramáticos que sirven de contrapunto.

No es la única vez que Castillo Navarro se adentra por estos senderos. La poesía, el lirismo, la palabra sugerente, repleta de encanto y sonoridad, está presente en buena

parte de sus novelas, y muy especialmente en *El niño de la flor en la boca*. Si en un buen poema los silencios llegan a ser tan significativos como las propias palabras, *Manos cruzadas sobre el halda* es la más genuina novela de los silencios: «Me gusta su tosquedad –dice uno de estos personajes–, su falta de palabras. A veces no acertaba a decir una cosa y terminaba explicándomela con los ojos» (p. 25). Son fáciles de detectar esos brotes de acendrado lirismo a lo largo de estas páginas. La repetición de una palabra clave, el empleo de vocablos de gran sonoridad, el manejo de una determinada cadencia se observa en párrafos como el siguiente:

El sol, de diminuto, se transforma en grande. (*Siempre a la derecha, hijo.*) Estría el vidrio en cien destellos diferentes y aumenta de tamaño. Es un sol desorbitado, fuera de contorno y empeñado en desparramarse más y más hasta saltar, hecho añicos, en multitud de pedazos. Un sol que se inflama y quema. Un sol deseoso de oscurecerse y descansar de una vez y morir lentamente al amparo del crepúsculo y de los lamentos. (p. 32)



Asimismo, de vez en cuando afloran ciertas imágenes, de gran belleza, de marcado carácter expresionista: «Las copas de los árboles, como si fueran dedos, apuntan hacia el firmamento y lo señalan» (p. 160). O bien de indudable factura surrealista: «El silencio canta nanas, gotea de las tejas y cae sobre los cuchillos grises de las zanja. Dentro de éstas, se pudre» (p. 167). A veces, Castillo Navarro nos lega

imágenes de extremada plasticidad, como extraídas de uno de los conocidos grabados del pintor José Gutiérrez-Solana: «La vieja alza las manos y, juntando las muñecas, encaja el óvalo de la cara en el hueco que las palmas forman al separarse» (p. 60).

Pero junto a este lenguaje deliberadamente poético, sugerente, repleto de musicalidad, *Manos cruzadas sobre el halda* es una novela en la que su autor despliega todo un rosario de expresiones coloquiales. Palabras de ámbito muy local como «cansera», murcianismo recogido en el diccionario de la Real Academia de la Lengua. También recurre a frases hechas, expresiones de ámbito familiar que pone, por lo general, en boca de la anciana: «Es tan cierto como esa luz que nos alumbrá» (p. 52), «Como si oyera llover» (p. 55), «A las mil y quinientas» (p. 62), «Me lo has quitado de la boca» (p. 63), etc.

La novela podría interpretarse como una metáfora de la mentira y de la censura de la época. Estamos, en primer lugar, ante un problema de incomunicación entre Encarna y su hijo Tony; Tony y Antonio, el padre ausente; Antonio y su esposa, etc. ¿Quería Castillo Navarro reflejar en su novela el ambiente de la época, ese tiempo de silencio en el que vivían todos los españoles durante los primeros años del franquismo? No es baladí opinar de esa manera si tenemos en cuenta el papel que representa en la novela no sólo el silencio, sino también la muerte. Es cierto que no hay alusiones a los muertos de la Guerra Civil. Pero la muerte ocupa gran parte del pensamiento de estos personajes, preocupados por «qué es eso de morir» (p. 168). «La muerte –le explica Encarna a su marido– no tiene labios, Antonio. Ni carne. Ni siquiera huesos. La muerte es un vacío, un hueco; una soledad muy grande y una tristeza» (p. 169).

La visión de la muerte en estas páginas va, incluso, más allá. Tanto es así que Castillo Navarro ofrece al lector una mirada casi barroca de la misma, como si se tratara de un cuadro de Valdés Leal, ofreciéndonos, en apenas dos líneas, una descripción naturalista de este proceso: «Ella se hiela poco a poco y se vuelve rígida, blanca y dura como el mármol» (p. 235). Todo ello para llegar a lo que verdaderamente nos interesa aquí. Y que no es otra cosa que el empeño de una madre en ocultarle a su hijo, a Tony, la muerte del padre, respondiéndole siempre con evasivas. Encarnación y Micaela, es decir, la madre de Tony y una amiga de aquella, conversan en uno de los capítulos de la novela. Ambas están preocupadas porque temen que Tony llegue a enterarse de que su padre ha muerto por boca de un amigo, el hijo de Micaela. Ésta le cuenta su experiencia: también le ocultó la muerte de su marido a su hijo y ahora se siente arrepentida. Pero Encarnación encuentra, de inmediato, razones muy sólidas, según su criterio, para seguir engañando a su hijo:

Un hijo no debe crecer sin padre. Parece que esté manco o cojo; algunos, las dos cosas al mismo tiempo. Se expresan con dificultad, tienen miedo de cualquier cosa y se vuelven cobardes. El más inútil de todos puede atizarles una paliza sin que ellos se defiendan. Todo por no saberse respaldados, por haber conocido demasiado pronto cosas terribles y misteriosas, como son la soledad y la muerte (pp. 86-87).

El exceso de protección de una madre le lleva a la más extrema mentira, a simular una vida inexistente, con un padre ya desaparecido para siempre, y un hijo que quiere saber, a toda costa, la verdad. Un hijo que a una cierta edad ya comienza a sospechar que algo se le oculta. Es muy difícil no llegar a pensar que Castillo Navarro, a mediados de la década de los cincuenta, cuando escribe y publica su novela, menos de veinte años después de haber finalizado la Guerra Civil, y con las consiguientes represalias a partir de la finalización de la misma, nos habla en clave social y política. Que esas muertes no aluden a otras muertes acaecidas durante la contienda. Hay expresiones, frases que nos hacen sospechar que es así, como la que pone en boca de Encarnación mientras habla con el fantasma de su marido: «Los que quedamos aquí, vivimos varias muertes. Cada día que pasa, es una muerte. Conocemos más agonías que los que marchan» (p. 101).

En las solapas de la primera edición de la novela, donde se lleva a cabo un resumen argumental de la misma, se destaca, justo en el último párrafo, a dos personajes de esta obra: la ciega María y el pobre Simón. Y, una vez más, tenemos que preguntarnos por el valor profundo y el simbolismo de la ceguera. La ciega se lamenta de su condición. Pero, sobre todo, de sus dieciséis años privada del más valioso de los sentidos. El mayor castigo, sin embargo, consiste en haber nacido como todos los demás seres y perder luego la vista, como explica a continuación:

Una puede nacer ciega. No sé lo que será nacer ciega. Algunos, hablando de esto, me han dicho que es lo mismo que quedarse sin vista; pero no es verdad. Un día vino un ciego pidiendo. Se me acercó y dijo: «A la paz de Dios»; y en seguida, sin necesitar que nadie me lo dijera, lo supe. Él, en cambio, se quedó esperando. No saben cómo es el suelo que pisan...; ni el suelo de los caminos. Ni siquiera las personas. Ellos, con quedarse quietos, tienen bastante. Lo de alrededor, no existe. Está, pero como si no. Yo, en cambio, lo conozco. Por eso me muevo tanto y tanteo. He de averiguar. Echar unos años para atrás y situarme. No te extrañes de que me hagan tantísimo daño las palabras. En cada una de ellas hay un resquicio, una pequeña lucecita que alumbraba. Sólo que, de pronto, cuando más te confías, hay alguien que la apaga (p. 59).

La ausencia de libertad nos conduce al silencio. Un silencio que nos convierte en ciegos. Porque «un ciego ve a través de las palabras. Si se las niegas, es como si dejaras a otro sin vista» (p. 129).

Simón, el pobre, no ocupa gran espacio en la novela, como sucede con la ciega, pero su papel es decisivo en el transcurso de este relato. Simón es un personaje de enorme carga simbólica. ¿De nuevo, uno de los mensajes ocultos de Castillo Navarro con el que se denuncian los atropellos de la Guerra Civil? Es probable. Y no deberíamos descartar el hecho de que Simón pertenezca a esa clase de españoles, perdedores de la contienda, que, transcurridos unos años deciden regresar a su lugar de origen. Es al niño, a Tony, a quien le comunica su deseo de regresar a su pueblo, cansado, como el propio Simón dice, de ser pobre. Es un regreso a la infancia, a sus primeros años, en los que, probablemente, fue feliz:

Apuesto que no hay Dios que me reconozca; pero eso es lo de menos. Mientras quede alguna piedra que yo pueda recordar, vale. De todas maneras la gente es siempre la gente. Empezarán a preguntar o a pedir explicaciones de dónde he estado o qué he hecho para volver así después de tanto tiempo. No entienden que se pueda fracasar, o que uno nazca para pobre y haya de pedir limosna, aunque le pese. Lo único que entienden lo que les entra por los ojos; lo que reluce mucho o lo que pesa (p. 245).

Simón reivindica su cualidad de soñador. Nadie puede soñar si antes no cambia de condición, si no se convierte en un pobre: «Hay que pasar muchas horas al relente y muchas al sol, para imaginar cosas que no se han visto nunca ni se verán» (p. 245).

Dejamos para el final de este estudio uno de los elementos más enigmáticos de toda la novela: la rendija por donde el niño, Tony, y también su madre, asoman constantemente el rostro para ver qué sucede en la calle, de dónde proceden las voces, los ruidos, los pasos que se escuchan y cuya autoría desconocen. Castillo Navarro es consciente del lugar que ocupa en esta novela esta rendija. Hasta el punto de que las palabras con la que se inicia el relato aluden a la misma: «Entre la rendija y el rostro, las manos forman como un túnel por el que la vista discurre curiosa y penetrante. Se apoyan aquéllas en la madera por los índices, y los pulgares se ajustan en la iniciación de las cuencas como si quisieran arrancar los ojos para introducirlos por la hendidura y echarlos fuera» (p. 9). Es la atalaya desde la que Tony observa el mundo y ve pasar el tiempo. Un periscopio nada tranquilizador con el que más que los cuerpos, se adivina un desfile de fantasmas. Tony llega a vivir pendiente de la rendija. A través de la rendija vuela la imaginación de los que viven en el interior de la casa. Su presencia va tomando

cuerpo conforme avanzamos en la lectura de la novela. Antonio, el marido muerto, regresa, en las últimas páginas de la novela para arreglar el agujero. Es hora de poner fin a tantas horas, a tantas noches, pendientes del roto, como le confiesa su mujer. A tal propósito, Baquero Goyanes, en su conocido estudio sobre el cuento, habla de cómo «una aparente minucia –un objeto insignificante – se carga de trascendencia» (p. 154). Y eso mismo es lo que aquí sucede, hasta alcanzar la categoría de *leit motiv*.

Castillo Navarro, cuando se publica *Manos cruzadas sobre el halda*, aún es un escritor joven, pero ya muestra su madurez de narrador, consciente de su labor. Aún no ha cumplido los 29 años, pero ya posee una importante experiencia a sus espaldas. Conoce los resortes del género, y se observa que domina sus técnicas. *Manos cruzadas sobre el halda* no es la típica novela de un hombre de su tiempo. Es un relato original, distinto a los que se publicaban en aquella época. Con una enorme carga simbólica. Una novela en donde hay que leer entre líneas, con enorme atención. Un libro que expresa mucho más de lo que se puede leer en sus páginas, con alusiones, sin duda, a los estragos de la Guerra Civil. Es una obra en donde apenas existe la acción, donde dominan las palabras, el pensamiento, con un fondo teatral, como si todo transcurriera bajo una luz cenital, en las tablas, con un decorado austero y sencillo, que apenas cambia. De hecho, muchos de los diálogos son muy breves y se extienden a lo largo de varias páginas, como sucedía en *Las uñas del miedo*, su novela de 1957. Castillo Navarro cuida al máximo el lenguaje que emplea. Procura que cada personaje sea, a través de sus palabras, lo que es y lo que representa. De ahí que emplee, cuando es preciso, ciertas frases hechas, expresiones populares que pone en boca de personajes como la ciega María. Y, frente a ello, lleva a cabo todo un despliegue de imágenes de hondo calado lírico, repletas de poesía. No es la novela más conocida y popular del escritor lorquino, pero no por ello deja de ser un producto genuinamente acabado, de una belleza incuestionable.

Obras citadas

- Albaladejo Mayordomo, Tomás. «La representación literaria en José María Castillo Navarro: poiesis e interpretación». *José María Castillo Navarro. Vida y obra*. Murcia: Universidad de Murcia, 2011. 27-63.
- Baquero Goyanes, Mariano. *Estructuras de la novela actual*. Barcelona: Planeta, 1970.
- _____. *Qué es la novela, qué es el cuento*. Murcia: Universidad de Murcia, 1998.
- Castillo Navarro. *Manos cruzadas sobre el halda*. Barcelona: Planeta, 1959.

- _____. *Manos cruzadas sobre el halda*. Murcia: Asociación Amigos de la Cultura, 2008. Introducción: José Luis Molina Martínez.
- Díez de Revenga, Francisco Javier y Paco, Mariano de. *Historia de la literatura murciana*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1989.
- Guerrero Ruiz, Pedro. «Castillo Navarro, ética y estética del drama narrativo». *José María Castillo Navarro. Vida y obra*. Murcia: Universidad de Murcia, 2011. 65-92.
- Martínez Cachero, José María. *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*. Madrid: Castalia, 1979.
- Molina Jiménez, María Belén. «El universo de los sentidos en *Manos cruzadas sobre el halda*». *José María Castillo Navarro. Vida y obra*. Murcia: Universidad de Murcia, 2011. 407-422.
- Molina Martínez, José Luis. «No se desvanecería la novela como género si *Manos cruzadas sobre el halda* fuese una novela lírica». *José María Castillo Navarro. Vida y obra*. Murcia: Universidad de Murcia, 2011. 423-434.